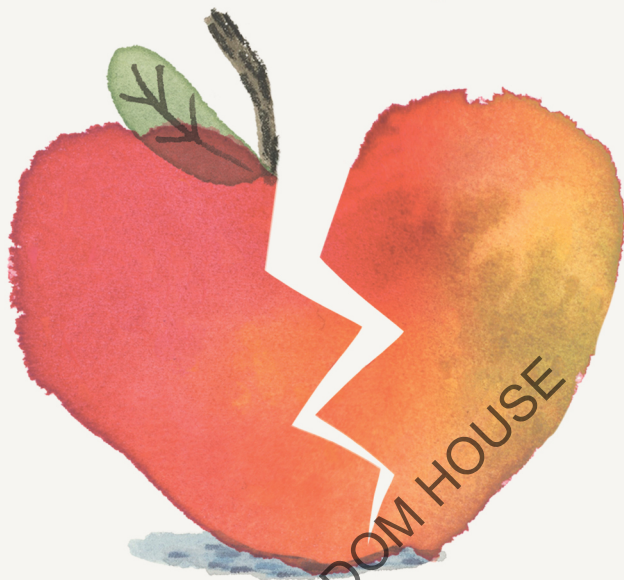


Una novela sobre el amor y la familia que fascinará
a los lectores de John Green y R. J. Palacio



PENGUIN RANDOM HOUSE

Apple
y
RAIN

Sarah Crossan

Ahora que ya no soy una niña no sé si lo que recuerdo es realmente lo que ocurrió o lo que imagino que ocurrió. He leído bastante sobre ese fenómeno; los expertos lo llaman amnesia infantil. Significa que somos incapaces de recordar los tres o cuatro primeros años de vida porque éramos demasiado pequeños y todavía no teníamos desarrollada la capacidad de recordar. Eso es lo que dice la teoría, aunque no estoy del todo convencida. Yo tengo un recuerdo de esa época. Es un recuerdo muy vívido y, si quisiera inventarme lo que ocurrió, ¿no sería algo bueno y maravilloso? ¿No convertiría mi infancia en un cuento con final feliz?

Me desperté hecha un mar de lágrimas. Era una noche de tormenta, pero entre esas cuatro paredes no sólo retumbaban los truenos. Alguien vociferaba en el piso de abajo. Eran gritos cargados de rabia, de ira, de rencor. Me levanté y me tambaleé hasta el descanso de la escalera. Había una diminuta reja de color blanco junto al pilar de la barandilla para evitar que me cayera por las escaleras. Traté de abrir aquella portezuela, pero a pesar de mis infinitos intentos no lo conseguí. Iba descalza. Tenía los pies fríos. Y llevaba una manta blanca que arrastraba por el suelo.

Frente a la puerta principal, justo debajo de un ramito de muérdago, advertí dos siluetas. No les veía la cara. Me puse a lloriquear. Nana alzó la mirada.

—Vuelve a la cama, cariño —dijo—. Anda.

—No puedo dormir —respondí yo.

Nana asintió con la cabeza.

—Lo sé. A mí me pasaba lo mismo. Nunca podía dormir en la víspera de Navidad.

Negué con la cabeza. No tenía nada que ver con la Navidad. Simplemente, no quería volver a la cama. Los truenos eran tan fuertes que hacían vibrar el cristal de la ventana de mi habitación y me daba miedo que se rompiera en mil pedazos. ¿Y por qué todo el mundo estaba gritando?

Volví a echarme a llorar. Quería que la persona que llevaba el abrigo verde, y que estaba junto a Nana, se girara para poder ver quién era. A juzgar por aquella melena tan larga y la cintura de avispa, intuí que era una mujer. Pero no podía verle la cara.

Estaba de espaldas y, por lo visto, no iba a darse la vuelta. Tenía la mirada clavada en el tapete y sujetaba una maleta enorme.

—Te llamaré en unos días —murmuró la mujer del abrigo verde. Y entonces supe que era mi madre.

—Mamá —llamé.

Abrió la puerta con la mano que tenía libre. Nana trató de detenerla, pero ella se revolvió, soltó un gemido y empujó a mi abuela hacia el espejo que había en la pared.

—¡Deja de intentar arruinar me la vida! —gritó mi madre.

El viento abrió la puerta de par en par y la lluvia empapó la alfombra de la entrada. Ese día, el aire estaba especialmente salado.

Al final, mi madre se giró y me vio, pero no sonrió. No se despidió. Ni siquiera me lanzó un beso. Se quedó mirándome como si fuera de otro planeta, como si fuera un ser extraño y triste que no lograba descifrar.

Entonces resopló, se volvió y se marchó dando un portazo.

La casa quedó sumida en un silencio sepulcral.

Ya no se oían gritos.

Ni truenos.

—Mamá —susurré.

—Mamá se marchó, cariño —dijo Nana. Subió las escaleras, abrió la puerta blanca y me tomó en brazos. Estaba temblando y tenía los ojos llenos de lágrimas—. Ahora seremos tú y yo. Tú y yo, ¿de acuerdo?

—Mamá —repetí.

—Volvamos a la cama —dijo Nana—. Por la mañana veremos qué te trajo Santa Claus.

Pero a mí no me importaban los regalos de Santa Claus. Lo único en lo que podía pensar era en lo que acababa de perder.

PENGUIN RANDOM HOUSE

Desde ese día, desde que mi madre se marchó, no he dejado de preguntarle a Nana qué ocurrió realmente esa víspera de Navidad. Necesito entender por qué se fue. Siempre me cuenta la misma historia y le echa toda la culpa a mamá. Fue ella quien decidió huir a Nueva York para intentar triunfar en Broadway, sin prestar la más mínima atención a la hija que dejaba atrás. Y cada año, cuando se acerca la Navidad, el recuerdo de esa noche —mamá con su abrigo verde y los truenos retumbando en cada rincón de la casa— me consume por dentro.

—¡No espero ni un minuto más! —protesta Nana.

—¡Sólo medio minuto más! —grito. Me pongo la sudadera morada con capucha.

—¡Te doy diez segundos! —contesta ella.

Salgo disparada de la habitación y bajo las escaleras a toda prisa. Nana está sacudiéndose el abrigo negro, que está lleno de pelos de Derry. Tomo la bufanda que está colgada del perchero y me la enrolló alrededor del cuello.

Nana se pasó la mañana pelando papas y zanahorias para la cena. Las coles de Bruselas están en remojo y el pavo se está asando en el horno a fuego lento. Toda la casa huele a relleno de naranja y arándanos.

A diferencia de mí, Nana adora la Navidad. Le encantan los villancicos; se pasa día y noche cantándolos y, cuando suena *Noche de paz* en la radio, sube el volumen al máximo. Tiene una voz tan aguda que, cuando canta, se oye en toda la casa, lo que me obliga a esconder a Derry, nuestro labrador, en mi ha-

bitación. Nana no es una virtuosa de la música, pero le pone mucho entusiasmo.

Nana deja el cepillo sobre la mesita del vestíbulo y se calza un par de mocasines con un pequeño tacón de color azul marino.

—¿Adónde crees que vas con eso? —pregunta. Y señala mis tenis. Prefiero no responder porque es una pregunta retórica. Se acuerda de ellas sólo cuando está enfadada—. Vamos a misa, y es Navidad.

—Son cómodas. Y sólo tienen un par de arañazos —contesto.

Derry olfatea mis zapatillas, dejando bien claro que apesantan. Lo aparto con la punta del pie.

—Me da igual lo que te pongas, siempre y cuando esté limpio, y esos tenis zarrapastrosos no lo están. Ponte unos zapatos como Dios manda, por favor —dice con su voz con acento irlandés, una voz cariñosa pero estricta.

Los únicos zapatos como Dios manda que tengo pesan muchísimo y me aprietan. Siempre que me los pongo, me salen un montón de ampollas. Y justo cuando estoy a punto de decirle esto a Nana, se fija en mi sudadera.

—Oh, vamos, Apple, ¿a qué estás jugando? ¿Es que tampoco te queda ropa limpia? —pregunta. Rasco la mancha de huevo de esta mañana. Me había olvidado por completo de ese manchón y, a juzgar por cómo Nana lo mira, con unos ojos que casi se le salen de las órbitas, cualquiera creería que la mancha es venenosa, como mínimo.

—Es mi sudadera favorita —respondo. Y quiero llevarla. Y quiero combinarla con mis tenis apestosos.

—Sube ahora mismo a tu habitación y cámbiate, jovencita —replica Nana. Me mira con el ceño fruncido. Cuando hace eso, ya no hay discusión que valga. Cuando hace eso, lamento que mi madre no esté conmigo.

Obedezco y subo a mi habitación. Me enfundo en un vestido y los zapatos de cordones que me estrujan los dedos de los pies. La última vez que me puse ese modelito fue hace seis meses, para ir al funeral de una amiga de Nana. Desde ese día,

Nana no ha vuelto a hablar de la muerte. Ahora dice cosas como «Oh, cuánto me echarás de menos cuando me coman los gusanos, como a la pobre Marjorie» o «Apple, no quiero que a mi funeral la gente venga vestida de negro. Un toque de color no hará daño a nadie».

No es bueno que una chica de trece años conviva con alguien que crea que va a estirar la pata en cualquier momento. Cuando se lo dije a Nana, ella se echó a reír a carcajadas. Le faltan la mitad de los dientes. Sin embargo, no entendí qué había de gracioso en el comentario.

Bajo las escaleras. Nana está metiendo a Derry en la cocina. Vuelve a tener el abrigo lleno de pelos.

—Mucho mejor —dice Nana al verme. Me acerco a Derry y le doy un beso en las orejas. Son tan suaves que parecen de seda. Él se da la vuelta y me babea la boca. Nana hace una mueca—. Oh, Apple, Derry se lame sus partes y después dejas que te lama la cara. Es asqueroso.

Nana cierra la puerta con llave y va a toda prisa hacia el coche. Unas cuantas gaviotas vuelan dibujando círculos en el cielo a la vez que graznan. En la playa se ha formado una niebla que se arrastra lentamente hacia la colina. Me deslizo en el asiento de atrás porque Nana aún no me deja ir con ella delante y me pongo el cinturón de seguridad. Siento un hormigueo en los pies. Son los zapatos, que me aprietan tanto que me cortan la circulación. El vestido es muy ajustado y apenas puedo respirar.

—¿Crees que hoy vendrá? —pregunto.

—¿Quién? —dice Nana. No contesto. Ella me mira fijamente a través del espejo retrovisor—. No lo creo. ¿Y tú?

Niego con la cabeza. Sé que mamá no va a aparecer como por arte de magia. Ni hoy, ni cualquier otro día. Que se marchara de casa en Navidad no significa que vaya a volver en Navidad.

Y, quién sabe, tal vez nunca vuelva.